

CHANDLER BAKER

Si nos hubierais escuchado...
nada de esto habría sucedido

SECRETOS A VOCES



Sloane, Ardie, Grace y Rosalita llevan años trabajando en Truviv, Inc. Pero, ahora, la repentina muerte del director general significa que su jefe, Ames, va a ser ascendido al puesto de máximo responsable de la compañía.

Cada una de ellas tiene una relación diferente con Ames Barrett, quien siempre ha estado rodeado de rumores sobre la forma en la que trata a las mujeres. Hasta ahora, esos susurros han sido ignorados e incluso ocultados por aquellos que estaban en posición de hacer algo.

Pero el mundo está cambiando y las cuatro mujeres están viendo la nueva situación con otros ojos. Esta vez, cuando descubren que Ames se está comportando de manera extraña con una compañera, no están dispuestas a dejarlo pasar. Esta vez, ya han tenido suficiente.

Las mentiras y secretos van a salir a luz. Y no todos sobrevivirán.

Índice de contenido

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Epílogo

Agradecimientos

Nota de la autora

Sobre la autora

Para todas las mujeres que han compartido su historia conmigo o con el mundo y para todas aquellas que han alimentado la voz colectiva de estas páginas, así como un movimiento que exige ser tenido en cuenta. Os escuchamos

Prólogo

Si nos hubierais escuchado, nada de esto habría sucedido.

Declaraciones de testigos presenciales

12 DE ABRIL

Testigo 1: Justo acababa de salir cuando algo me llamó la atención al otro lado de la plaza, no sé, algo que se movía. Primero me pareció un pájaro gigante y luego creí que era una bomba terrorista. Pero después me di cuenta de que era una persona. No sé si sería un hombre o una mujer. En este barrio la gente está bastante chapadas a la antigua. Aún usan trajes negros clásicos, de chaqueta y pantalón. En fin, el caso es que hay una buena caída desde allá arriba.

Testigo 2: Era alrededor de la una y media de la tarde. Yo estaba saliendo del Dakota's, de comer con un cliente. Casi vomito la ensalada de carne.

Testigo 3: No es que no me dé pena, claro que sí. Pero hay que ser muy egoísta para hacer eso. Había mucha gente en la calle. Era justo después de la hora de comer. Si de verdad quieres hacerlo, si no te queda otra, hazlo en privado, sin tanta gente alrededor. Es a eso a lo que me refiero.

1

Tres semanas antes: el día que todo empezó

20 DE MARZO

Hasta entonces, nuestras vidas discurrían a toda velocidad por el carril invisible de una montaña rusa, a bordo de un vagón que se aferraba a los raíles mediante técnicas de ingeniería y fuerzas que no alcanzábamos a comprender del todo, a pesar de tener una plétora de títulos académicos. Nos movíamos en un ambiente de caos controlado.

Éramos expertas en marcas de champús en seco. Nos llevaba cuatro días ver un capítulo entero de *The Bachelor* en nuestros DVR. Nos quedábamos dormidas con el calor de nuestros portátiles abrasándonos los muslos. Hacíamos descansos de dos horas para leer cuentos a los niños antes de dormir y tratábamos de no calcular el número total de horas que nos pasábamos trabajando como madres y asalariadas, sin tener claro cuál de las dos cosas era la más importante. Estábamos sobrecualificadas e infrautilizadas, éramos controladoras y siempre teníamos la razón. Estrechábamos la mano con firmeza y disponíamos de saldos considerables en nuestras tarjetas de crédito. Nos olvidábamos la comida sobre las encimeras de las cocinas.

Todos los días eran iguales. Hasta que dejaron de serlo. La mañana que nuestro director ejecutivo murió, de pronto levantamos la cabeza y nos dimos cuenta de que la

montaña rusa tenía un problema en una rueda y estábamos a punto de descarrilar.

Ardie Valdez –una persona paciente y estoica, fiel a los zapatos italianos prácticos y resistentes– fue la primera en darse cuenta de que íbamos a estrellarnos. Se enteró de la noticia y decidió ponerse a cubierto.

–¿Grace? –Ardie se detuvo en un pasillo aséptico pero con obras de arte carísimas y llamó a una puerta sencilla con un imán de una vaca pegado en medio–. Soy yo, Ardie. ¿Puedo entrar? –Se mantuvo a la espera, aguzando el oído, hasta que oyó un crujido al otro lado de la puerta. El pestillo reglamentario se abrió. Ardie se agachó para entrar en la pequeña habitación y, una vez dentro, volvió a echar el cerrojo. Grace se estaba acomodando de nuevo en el sillón de piel, con la blusa de seda grotescamente levantada sobre los dos conos de plástico que llevaba enganchados a los pechos. Ardie miró a su alrededor. Una mininevera. El sillón raído en el que Grace estaba sentada. Una televisión pequeña en la que estaban poniendo *Ellen*. Fuera se oían voces, pasos apresurados, conversaciones telefónicas y fotocopiadoras. Ardie frunció el ceño, en un gesto de aprobación–. Es como tu pequeño escondite.

Grace accionó el mando del sacaleches y este empezó a zumbar de forma metódica y mecánica.

–O como mi pequeño sepulcro –bromeó. El humor negro de Grace siempre pillaba desprevenida a Ardie. De entrada, Grace no parecía en absoluto una persona complicada. Llevaba el pelo cardado y teñido de rubio, era socia activa del club de exalumnas TriDelta e iba a la iglesia presbiteriana de Preston Hollow con su marido, Liam, un hombre alto, moreno y que llevaba camisas de cuadros. Ambos habían formado parte de la lista de invitados personales de la inauguración de la Biblioteca Presidencial George W. Bush y se consideraban «conservadores descendientes». Ardie suponía que aquello significaba que no les importaba que los gais pudieran casarse, pero

que preferían pagar la menor cantidad de impuestos posible. Además, tenían al menos un arma en una caja fuerte alojada en uno de los estantes para la ropa del vestidor de Grace. El hecho de que a Ardie le cayera bien Grace, a pesar de todo eso, resultaba muy revelador—. ¿Pero cuánto tienen que comer los bebés? No paro de sacarme leche. Joder, Ardie, mírame: viendo *Ellen* durante el día.

Grace no solía decir «joder».

Ardie recordó lo largos que se le hacían los días cuando su hijo, Michael, solo dormía unas cuantas horas de un tirón. Notaba todo el cuerpo pesado y sucio, como cubierto por una fina capa de mugre, como cuando no te has lavado los dientes.

Rebuscó en su enorme bolso y sacó dos latas empañadas de agua con gas La Croix. Le dio una a Grace y se sentó en el suelo, enfrente del sillón. Ardie podía hacer cosas como sentarse en el suelo en el trabajo porque —como ella misma era la primera en reconocer— había «renunciado». Hacía ya años, en realidad. Solía quedarse durmiendo en lugar de invertir una hora más por las mañanas en arreglarse el pelo y maquillarse. Casi nunca iba de compras. No gastaba ni un minuto de su preciado tiempo en hacer Pilates. Era lo más liberador que había hecho jamás.

Ardie bajó la vista hacia el móvil. Nada, aún.

—Al parecer, Bankole ha muerto —comentó—. Esta mañana, en casa, mientras se arreglaba para venir a trabajar. —Ardie le dio la noticia a Grace con toda naturalidad. No sabía decir las cosas de otra forma. Siempre hacía igual: «Mi madre tiene cáncer», o «Tony y yo vamos a divorciarnos».

—¿Qué? ¿Cómo? —Grace soltó los tubos que había estado intentando volver a introducir en los artilugios con forma de embudo que sobresalían de su sujetador de lactancia.

—Le ha dado un infarto. Su mujer se lo ha encontrado en el baño. —Ardie apoyó los codos en las rodillas y levan-

tó la vista hacia Grace—. Acabo de enterarme —añadió. Ardie solo había hablado en una ocasión con el director ejecutivo de la empresa, Desmond Bankole. Este le había estrechado la mano en el ascensor porque se había propuesto saludar a todas las personas que trabajaban en su edificio, personal de limpieza incluido, al menos una vez. Tenía los dientes blanquísimos. Era más bajito de lo que ella se esperaba y de las mangas de la chaqueta de su traje asomaban unas muñecas de pajarillo—. Por cierto, me estoy escondiendo —anunció—. De Ames —explicó, antes de que Grace dijera nada—. No deja de preguntarme dónde está Sloane. Le he dicho que lo más seguro es que haya salido a comer. Dice que él no le ha dado permiso para que salga a comer hoy. Le he dicho que ella es la vicepresidenta sénior de Asuntos Legales para América del Norte, que no necesita su aprobación para salir a comer, y que...

—¿Le has dicho eso? —Grace se sobresaltó. Sloane era su amiga pero, además, técnicamente, era su jefa, lo que convertía a Ames en el jefe de su jefa.

—Pues claro que no. ¿Estás loca?

—Ah —repuso Grace, parpadeando. Se puso a jugar con la crucecita de diamantes que llevaba al cuello. El zumbido eléctrico del sacaleches hizo las veces de temporizador entre ellas.

—Así que me estoy escondiendo aquí como una cobarde —continuó Ardie—. Hasta que Sloane vuelva a llamarme. —Normalmente, los hombres como Ames ignoraban a Ardie. Él odiaba hacer caso a alguien que no le alegraba la vista. Cuando le había preguntado dónde estaba Sloane, había evitado mirarla a los ojos y se había ido lo más rápidamente posible. Pero eso no se lo había comentado a Grace. Ardie se sentía incómoda. Era imposible no fijarse en los pechos de su amiga, en aquella habitación tan pequeña—. Los succiona hasta que parecen torpedos. ¿No te hace daño? —Hacía casi cuatro años que Ardie había adoptado a su hijo, Michael. Un final feliz, tras años de lu-

cha contra la infertilidad. Ella nunca había dado el pecho, pero siempre se había imaginado la lactancia como algo sereno, íntimo, con fulares tejidos a mano colgados por delante para ocultar a aquellas que eran demasiado discretas. Nada que ver con esos tirones violentos que estaba presenciando tan de cerca.

–No tanto como la boca de Emma Kate, la verdad.

(La gente nos decía que dar el pecho no dolía. Que era algo bonito. Ojalá pudiéramos arrastrar sus pezones por el asfalto, a ver hasta qué punto les parecía eso bonito e indoloro).

–Por el amor de Dios, si hasta hemos inventado cepillos de dientes inteligentes –exclamó Ardie–. Mi robot aspirador es capaz de volver a su base al final de la tarde y ponerse a dormir, ¿y no podemos inventar un trasto para extraer leche que funcione un poco mejor que esa cosa? – Aquella máquina era, en cierto modo, repulsivamente hipnótica.

–Los hombres tienen dientes que limpiar –señaló Grace, levantando las cejas–. Y suelos.

Ardie bebió un buen trago de agua con gas con sabor a pomelo, mientras en la pantalla Ellen DeGeneres recibía a un muchacho en el escenario. Parecía un adolescente y Ardie no tenía ni la menor idea de quién era. Volvió a tocar la pantalla del móvil: nada nuevo.

–Se me acaba de ocurrir algo horrible –dijo al cabo de un rato–. Ames podría ser el próximo director ejecutivo.

–No. ¿Tú crees?

–Tiene pinta de director ejecutivo. Es alto. A la gente le gustan los altos. –Ardie apretó el puño y abrió la mano para estirar el túnel carpiano, que era una amenaza constante para su muñeca–. Lo que yo te diga. Ese hijo de puta podría acabar dirigiendo la empresa y, entonces, ¿qué sería de nosotras?

El problema no eran solo los rumores relacionados con aquella becaria. Ni lo que había pasado con su asistente

ejecutiva hacía dos años, en el torneo de golf Byron Nelson, después de lo cual, ¿a quién habrían despedido? Ahí va una pista: a Ames no. Y tampoco el hecho de que la cultura empresarial empezara por la cima y que tener a Ames al timón de Truviv fuera como anunciar que se abría la veda.

El problema era que Ames Garrett odiaba a Ardie.

—No sé —comentó Grace—. Conmigo siempre ha sido amable. —Ardie no entró al trapo. Grace era unos años más joven que ella y Sloane, y aún creía firmemente que alguien podía ser «buena persona» a pesar de sus actos, como si los actos no fueran lo que definía a una persona. Y ella había visto a Ames Garrett en acción. Aun así, había ciertos temas de los que era mejor no hablar, ni siquiera entre amigas: de religión, de dinero y, probablemente, de Ames. Grace giró el dial del sacaleches para aumentar la potencia. Uno de los tubos se salió del sitio y acabó zarrandeándose en el suelo. Un chorrito blanco cayó sobre la falda de Grace. Esta cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, dilatando las fosas nasales. Cuando volvió a abrirlos, sus ojos brillaban. Se frotó la nariz con la muñeca y recogió el tubo errante con deliberada calma. Fracasó dos veces antes de conseguir volver a engancharlo. A la tercera fue la vencida. Grace se recostó con cuidado en el sillón—. Aunque lo de Bankole es una tragedia —dijo, dirigiendo su mirada vidriosa hacia la pantalla de televisión—. ¿Está mal que no estemos más tristes?

Ardie no respondió, porque lo cierto era que Grace sí parecía estar muy triste. Volvió a comprobar el móvil. Solo tenía una raya de cobertura.

¿Dónde demonios se había metido Sloane?

2

20 DE MARZO

Sloane no dejó de mirar fijamente el techo del ascensor, deseando que fuera más rápido, hasta que las puertas se abrieron en la planta decimoquinta. Entonces salió disparada como un caballo de carreras.

–Están todos en la sala de reuniones –la informó su secretaria, Beatrice, asomando la cabeza en el vestíbulo con el cable en espiral del teléfono estirado desde el auricular que tenía pegado a la oreja.

–Lo sé, Beatrice. Lo sé. –Sloane pasó a toda prisa junto a ella por el pasillo–. La he cagado a base de bien.

Y eso que todo había ido como la seda hacía un par de horas, cuando se había reunido con su marido y el director del colegio de su hija de diez años, Abigail. Sloane había sido responsable y había guardado el móvil en el fondo del bolso porque era una buena madre, lo que en aquel lugar significaba ser una madre centrada. O al menos ese era el papel que ella pretendía interpretar delante del director Clark.

¡Y mira ahora!

Había rescatado el móvil después de la reunión y se había encontrado con varios mensajes de Ardie:

Desmond ha muerto esta mañana.

Infarto.